



“Conclusiones. La definitiva imagen de las Californias y del noroeste de América en la cartografía universal”

p. 165-186

Miguel León-Portilla

Cartografía y crónicas de la Antigua California

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CONCLUSIONES

LA DEFINITIVA IMAGEN DE LAS CALIFORNIAS Y DEL NOROESTE DE AMÉRICA EN LA CARTOGRAFÍA UNIVERSAL





Resulta difícil delimitar en el tiempo esta última etapa en la que —como lo enuncia el título de la presente conclusión— se alcanzó al fin una imagen bastante aceptable, por lo menos de los litorales de las Californias y del noroeste de América hasta Alaska. La importancia de lo que entonces se logró debe valorarse a la luz del muy largo proceso de exploraciones —desde las dispuestas por Hernán Cortés—, dirigidas a conocer lo que era el occidente del Nuevo Mundo.

Los viajes de Magallanes, Loaysa y Saavedra, este último enviado por Cortés, habían revelado que en el hemisferio sur, y por lo menos hasta los 15° en el norte, América estaba en extremo alejada del Asia y de las islas del Pacífico. La incógnita continuaba, en cambio, respecto del noroeste. Esa incógnita abarcaba de hecho varias cuestiones. Cuando se descubrió California, no se supo en un principio si era isla o península. En ocasiones se habló de “la isla de Santa Cruz” o “la isla de California”. Con las expediciones de Ulloa (1539) y de Alarcón (1540) pudo comprobarse que era una península. Más tarde, después de la expedición de Vizcaíno (1602), por obra sobre todo del car-

melita fray Antonio de la Ascensión, reapareció y se difundió la tesis de la insularidad de California. Tal creencia estuvo relacionada desde un principio con la búsqueda del anhelado estrecho de Anián, el supuesto camino que uniera por el norte los océanos Atlántico y Pacífico. Finalmente, también en relación con el imaginario estrecho, estuvo la pregunta acerca de si, por el noroeste, América y Asia se juntaban o existía una separación entre ellas, tal vez el tan buscado “paso del norte”.

En este libro el tema de la cartografía y las crónicas acerca de la Antigua California, nos ha llevado inevitablemente a avanzar mucho más allá de los límites geográficos de la península. Como hemos visto, la búsqueda del perfil de esa antigua California llevó, siempre más al norte, a marineros tan experimentados como Rodríguez Cabrillo y Vizcaíno. Bastante después, cuando con suficiente certeza, gracias a las exploraciones de Kino, Ugarte, Consag y Linck, se confirmó en definitiva que California era una península, otro género de preocupaciones vinieron a aparecer. Por ese entonces llegaron informes a Madrid en el sentido de que otras

potencias —Rusia, Inglaterra, Holanda y Francia— hacían incursiones en ese ámbito tenido como perteneciente a España. Ello propició entonces el avance efectivo y nuevas expediciones al norte. Lo primero fue consolidar la presencia hispano-mexicana en las Californias. Desde Loreto, en la península, marchó el padre Serra al norte; es decir, a la que se llamó Alta California.

Y, según hemos visto en el último capítulo, tal expansión se prosiguió hasta erigir un presidio y una misión en el puerto de San Francisco. Respecto de éste se demostró muy pronto que era posible la comunicación por tierra desde Sonora. Este logro, debido a Juan Bautista de Anza en 1776, confirmó hasta la saciedad que las Californias no eran la isla enorme que se había supuesto. Por otra parte hubo nuevos avances por mar, iniciados desde enero de 1774.

Tales expediciones, que se prolongarían hasta la última década del siglo XVIII, definen por así decirlo este periodo. En él —conviene destacarlo— tres son los hechos de mayor significación:

- 1) Se completa y sitúa adecuadamente la imagen geográfica de las Californias.
- 2) Se van perfilando nuevas realidades geopolíticas en el gran noroeste del Nuevo Mundo.
- 3) Se desvanecen para siempre quimeras como la del estrecho de Anián y se precisan el perfil y la situación de Norteamérica separada de Asia.

Intentar abarcar aquí de forma pormenorizada cuanto ocurrió en ese lapso relativamente tan breve —desde que se consumó la expansión a la Alta California hasta llegar a las postrimerías del siglo XVIII— siendo muy atrayente, llevaría a elaborar otro libro. De hecho, el varias veces citado Henry R. Wagner ha acometido tal tarea en su monumental *Cartography of the Northwest Coast of America*.¹ Como lo dijimos en la *Introducción* al presente trabajo, Wagner en su obra se propuso abarcar un campo más amplio que nosotros aunque se restringió, en

¹ Wagner dedica al tema de la serie de expediciones hacia el extremo noroeste de América los capítulos XXI a XXXIX de su *Cartography*. Rebasando dicho tema el campo central de nuestro interés, se toma aquí, como apoyo principal, al elaborar esta *Conclusión*, lo expuesto por él en su citada aportación.

cambio, desde otro punto de vista. Es más amplio su campo porque quiso atender a la historia de la cartografía de todo el litoral del noroeste del Nuevo Mundo. En cambio se restringió cuando, al ocuparse de la California peninsular, se fijó sobre todo en las expediciones marítimas y prestó limitada atención a las que se hicieron por tierra. Además, concentrándose en la elaboración cartográfica, se interesó menos en aducir el testimonio de las crónicas, cosa que aquí se ha procurado hacer.

No pretendiendo repetir ni emular la gran aportación de Wagner, me fijaré aquí, con el carácter sumario que corresponde a una *Conclusión*, en los tres puntos que he enunciado, como claves en la trama del periodo con el que se cierra esta historia.

El completamiento de la imagen geográfica de las Californias

Todavía a mediados del siglo XVIII en no pocas cartas, bien sea de América o en general mapamundis, las delineaciones de las Californias adolecen de fantasías o exhiben altitudes, y más aún longitudes, con muchos grados de error. Recordé, en lo que a fantasías concierne, la obstinada delineación, de la California como isla en mapas como el de Mattheus Seutter, que servilmente sigue, en la década de los treinta del XVIII, las representaciones del tipo de Sanson, y conecta por el noroeste el remate de la gran isla con lo que según se señala allí, *Fretum Anian hic esse credetur*, “Aquí se cree que está el estrecho de Anián”. Y cabe por cierto recordar que, al publicarse en 1757, la *Noticia de la California . . .*, así como se delinearon para ella nuevos mapas, también se incluyó otro claramente inspirado en el de Seutter. Posteriores en fecha son los mapas de América debidos a Thomas Bakewell que insiste, tal vez por inercia, en la quimera de la gran isla, no obstante que incluye una leyenda que dice: “América, un nuevo y muy exacto mapa dispuesto con arreglo a las observaciones comunicadas a la Real Academia Inglesa, la Real Academia Francesa de Ciencias y con las aportaciones debidas a los más recientes viajeros hasta el presente año, de 1740”. Tanto en esos mapas como en otros de Thomas Kitchen (1741), Henry Overton (sólo América del Norte, 1741), y

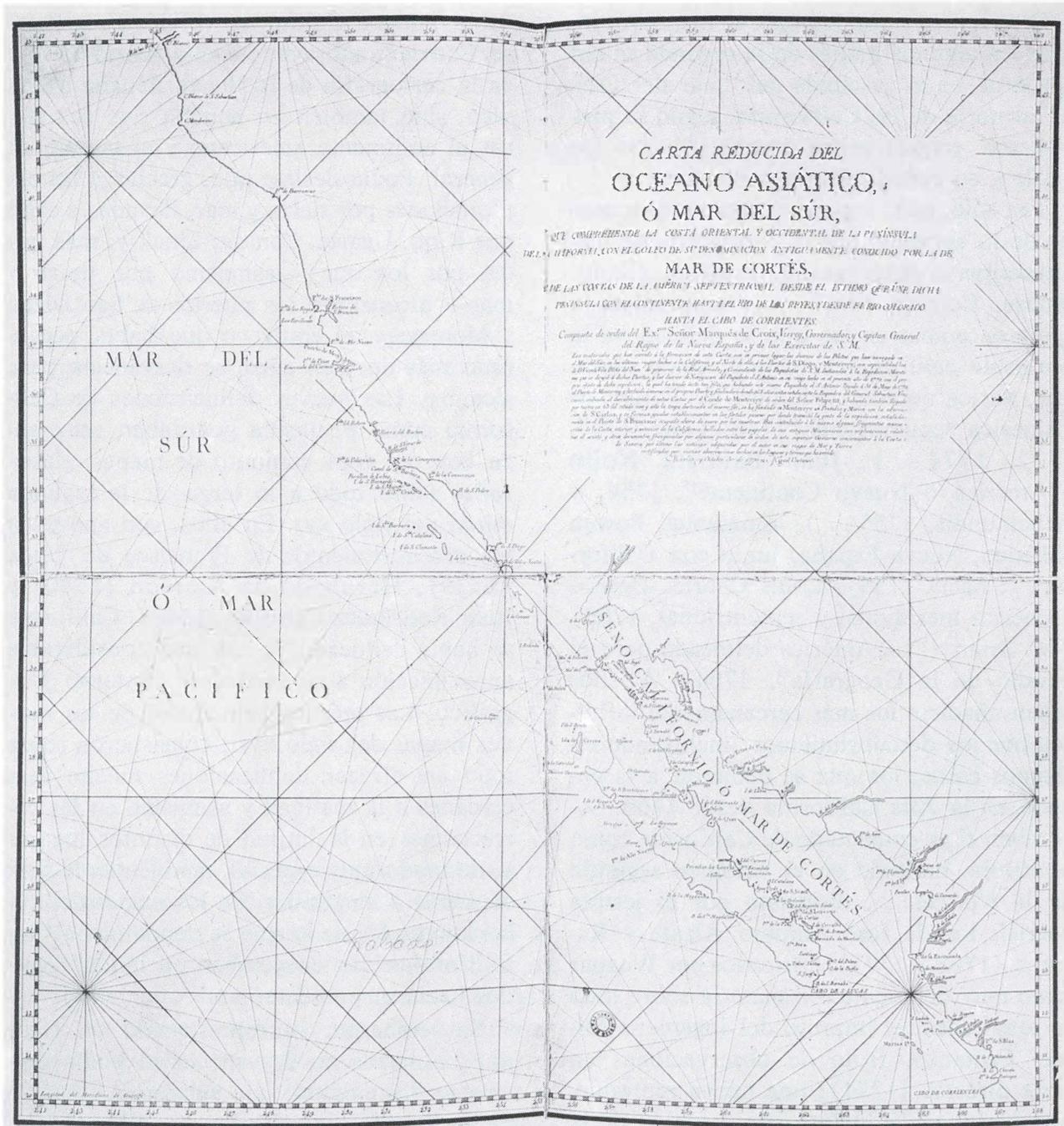


Figura 94. Los litorales californianos hasta el paralelo 43° por Miguel Costanzó (30 de octubre de 1770). Constituye esta “Carta reducida del Océano Asiático o Mar del Sur” valioso testimonio de lo que con certeza se conocía del perfil noroeste de América en 1770, es decir poco después de fundada la primera misión —la de San Diego— en Alta California. El propio Costanzó explica que, para preparar este mapa, se ha valido de toda la información directa a su alcance, incluso de lo que él mismo ha reconocido. Puede decirse que, a partir de lo que se registra en este mapa, la serie de nuevas expediciones y mapas elaborados hasta 1795 habrán de develar en plenitud las incógnitas del gran noroeste americano. (Este mapa se conserva en el Museo Naval, Madrid.)

John Bowles (1754), además de reiterarse la representación insular, se incurre en hipótesis fantásticas como la de situar el extremo norte de las Californias en cerca de 50° y el de seguirles concediendo una longitud oeste exagerada en muchos grados. Lo que estos cartógrafos pudieron haber obtenido de las delineaciones, derroteros y otros informes de la expedición de Vizcaíno

(1602), publicada en la *Monarchia Indiana* de fray Juan de Torquemada o acudiendo al derrotero de los galeones de Filipinas a lo largo de las Californias, incluido en la *Navegación especulativa y práctica* de González Cabrera Bueno (1724), les hubiera sido de mucho mayor provecho que seguir copiando los errores de cartógrafos que los precedieron.

Otra fantasía que también se mantuvo, incluso en algunos mapas de la segunda mitad del XVIII, es la ya citada del “mar del Oeste” al norte de las Californias, según lo propusieron en sus cartas Joseph Nicolas De L’Isle y su cuñado Philip Buache.

Tan sólo, poco a poco, y como consecuencia de lo aportado por la cartografía de manufactura o inspiración jesuítica (Kino, Ugarte, Consag, Linck . . .), empezaron a aparecer mapas en los que se delineó ya la península californiana. Citaré, como muestras, varios debidos a Robert de Vaugondy (América septentrional, 1748, 1749, 1767, 1772, 1774 . . .), Juan Bautista Nolin (“América o Nuevo Continente”, 1754, y mapamundis, 1755 . . .), Emmanuel Bowen (México, Nueva España, junto con California . . . hacia 1755), Louis Charles Desnos (América meridional y septentrional, 1760) y M. Brian (“La América delineada para el estudio de la Geografía”, 1764). A ellos deben añadirse los más cercanamente influidos por los descubrimientos, incluyendo en algunos casos, los que se debieron a la entrada en la Alta California desde 1769. Sobresalen el ya comentado de California como península, incluido en el volumen segundo de la *Noticia* . . ., dispuesto por el jesuita Burriel; los de José Antonio Alzate y Ramírez (1768 y 1775), criticados por Wagner como muy deficientes en materia sobre todo de longitudes; el impreso del ingeniero Miguel Costanzó, fruto de observaciones en parte directas (1771); una nueva reproducción enriquecida incluso con mención de la expedición de Linck de 1776, sacada a luz por el ex-jesuita exiliado Juan Jacobo Baegert en sus *Nachrichten von den amerikanischen Halbinseln Californien* (Mannheim, 1772) y, para no alargar esta lista, los que acompañan a la obra de Palou (1787), debido a Diego Troncoso, y a la de Clavijero (1789), dibujado por Raimondo Tarros.²

En ellos, una y otra vez, sin que median ya forma alguna de controversia o confrontación científica, la realidad peninsular

de la antigua California volvió a registrarse. Conviene subrayar que ello ocurrió no sólo en la cartografía de la Nueva España o México, sino también en aquella que se refería al continente americano y al mundo en general. Podía decirse que, gracias a las exploraciones por tierra y mar, llevadas a cabo por Kino, Ugarte, Consag, Linck y, más tarde, por los que —asimismo por tierra y mar— alcanzaron los puertos de San Diego y Monterrey, el equívoco que había perdurado más de cien años, se desvanecía para siempre. Las nuevas delineaciones de California como península guardaban semejanza con un gran conjunto de mapas, elaborados sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI. En ellos, con apoyo en los descubrimientos de Francisco de Ulloa (1539), Hernando de Alarcón (1540) y Juan Rodríguez Cabrillo (1542), California se había delineado ya con una considerable aproximación a su verdadero contorno geográfico. Los méritos principales de los nuevos mapas del siglo XVIII consistieron sobre todo en ofrecer delineaciones mucho más cercanas a la realidad y asimismo en las correcciones en la latitud de distintos lugares y, de modo muy especial, también en lo concerniente a longitudes. En los mapas del XVI las longitudes de lo que se denominaba “las Californias” se exageraban en muchos grados hacia el poniente.

Sin embargo, lo representado en estos nuevos mapas no desvanecía ni podía desvanecer los enigmas que subsistían respecto de los litorales y territorios más allá del cabo Mendocino o del llamado cabo Blanco en 42° 50’. En esas latitudes o en otras superiores, como en la de 48° 23’ a 48° 36’, correspondiente a la entrada al estrecho de Juan de Fuca —al sur de la isla llamada hoy de Vancouver— era en donde toda suerte de fantasías siguieron representándose. De esas principales quimeras geográficas se ha hecho ya referencia: “estrecho de Anián”, “mar del Oeste . . .”. No fue sino hasta el último tercio del siglo XVIII, como vamos a verlo, cuando las incursiones más frecuentes, y al parecer, más dignas de temerse, de navegantes extranjeros en el ámbito del Pacífico norte del Nuevo Mundo, movieron a emprender reiteradas expediciones de exploración que, en relativamente poco tiempo, trajeron consigo grandes descubrimientos.

² De la obra de Baegert existe traducción al castellano: *Noticias de la península americana de la California*, versión de Pedro Hendrichs, introducción de Paul Kirchhoff, México, Robredo, 1942. Respecto de los libros de Francisco Palou y Francisco Xavier Clavijero, han sido ya citados y se incluyen además en la Bibliografía al final de esta obra.

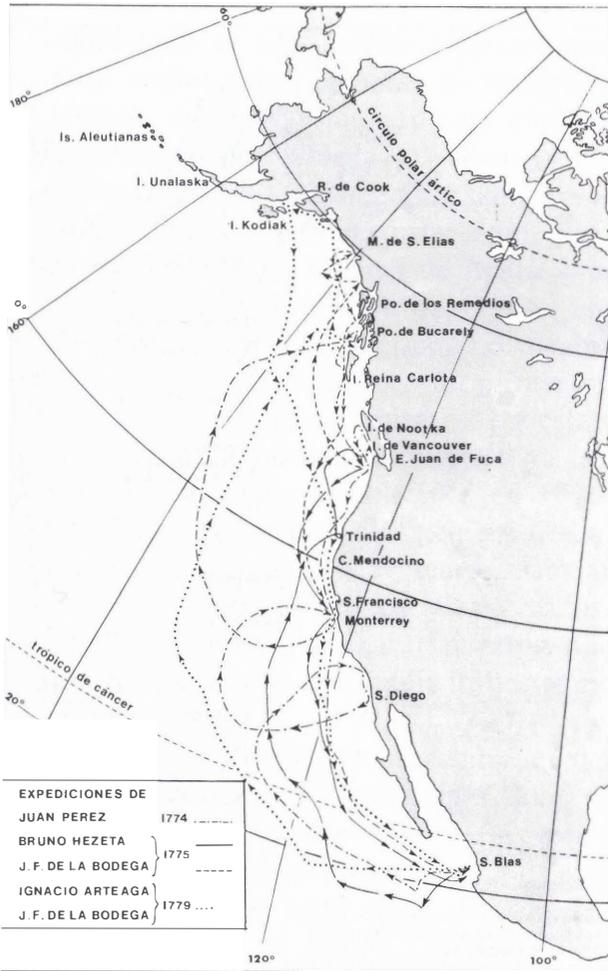


Figura 95. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

Presencia de potencias rivales y nuevas realidades geopolíticas en el Pacífico Norte

Hemos visto cómo, desde 1728, Vitus Behring y otros navegantes al servicio de Rusia, saliendo de la península de Kamchatka, avanzaron por el Pacífico hasta entrar, por el estrecho que hoy se llama de Behring, al océano Ártico. Su expedición fue incentivo para otras varias más. El mismo Behring y otros navegantes, entre ellos varios rusos, tocaron ya tierra americana en 1741. Los sobrevivientes de esa expedición, al regresar e informar acerca de lo que habían logrado, hicieron posible la elaboración de cartas geográficas que abarcaban lo que en las más antiguas o estaba en blanco o era fruto de la imaginación. Así fue como en 1752 Joseph Nicolas De L'Isle pudo sacar su "Carta general de los descubrimientos del almirante Fonte [el apócrifo navegante] y otros españoles, ingleses y rusos...". Y fue también por obra de los informes aportados, como la Academia Imperial de Ciencias en San Petersburgo, publicó en 1758 un mapa

que ostenta el siguiente título bastante elocuente: "Nueva carta de los descubrimientos hechos por embarcaciones rusas en las costas desconocidas de América Septentrional con los países adyacentes". Este mapa, que fue copiado por otros y alcanzó una cierta difusión, al igual que las noticias que remitió sobre todo esto el embajador español en San Petersburgo, avivaron la preocupación de las autoridades en Madrid.

El hecho es que, ya en los años cincuentas del siglo XVIII, continuaron siendo más frecuentes las incursiones de los rusos que, desde las islas Aleutianas, pasaban al continente americano. Uno de sus móviles era la cacería de las nutrias. Con el paso del tiempo los rusos fueron fundando varios establecimientos, como los de península de Kodiak y de la isla de Unalaska hasta avanzar a Sitka, un poco al norte del paralelo 57°. Navegantes españoles e ingleses habían de encontrarse con algunos de esos establecimientos.

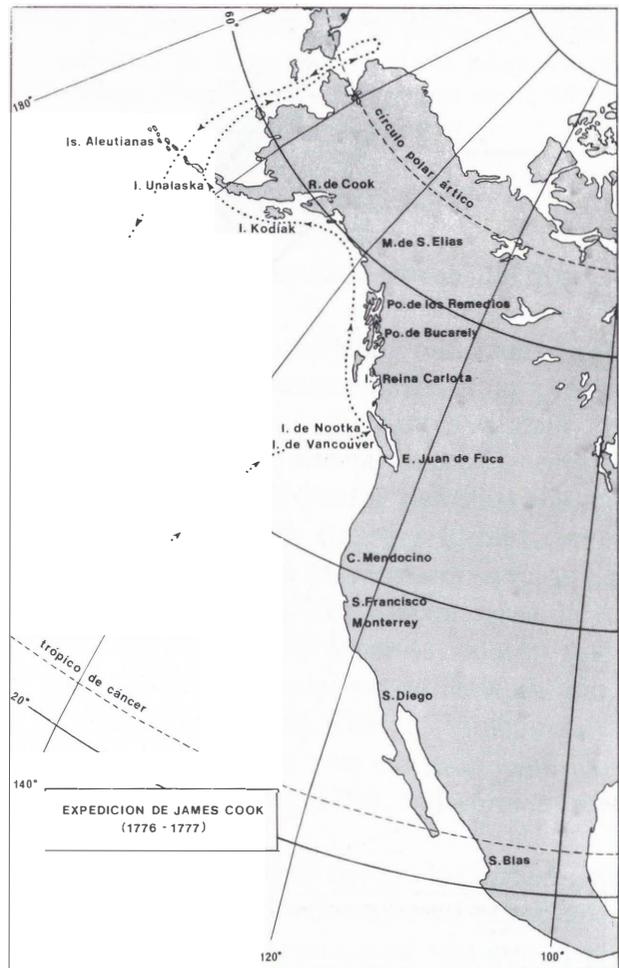


Figura 96. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

En lo que toca precisamente a las medidas que se tomaron, durante el gobierno del virrey Bucareli, importa referirse a la primera de la serie de expediciones enviadas a reconocer los litorales más allá del cabo Mendocino. Saliendo del puerto de San Blas el 25 de enero de 1774, a bordo de la fragata *Santiago*, el ya conocido piloto y experto marino Juan Pérez, después de tocar en su travesía el puerto de Monterrey, continuó hasta alcanzar casi 55° . Los diarios de navegación debidos a él, al segundo piloto, Esteban José Martínez, y a los padres Juan Crespí y Tomás de la Peña, revelan los resultados de ese viaje.

A él siguieron pronto otros dos, en los que tomaron parte marinos tan distinguidos como Bruno de Hezeta, Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, Francisco Maurelle, Ignacio Arteaga, Juan Ayala y el ya mencionado Esteban José Martínez. En la expedición llevada a cabo en 1775 se llegó por vez primera, viniendo del sur, hasta cerca de $58^{\circ} 30'$. Frutos de tal viaje fueron seis relacio-

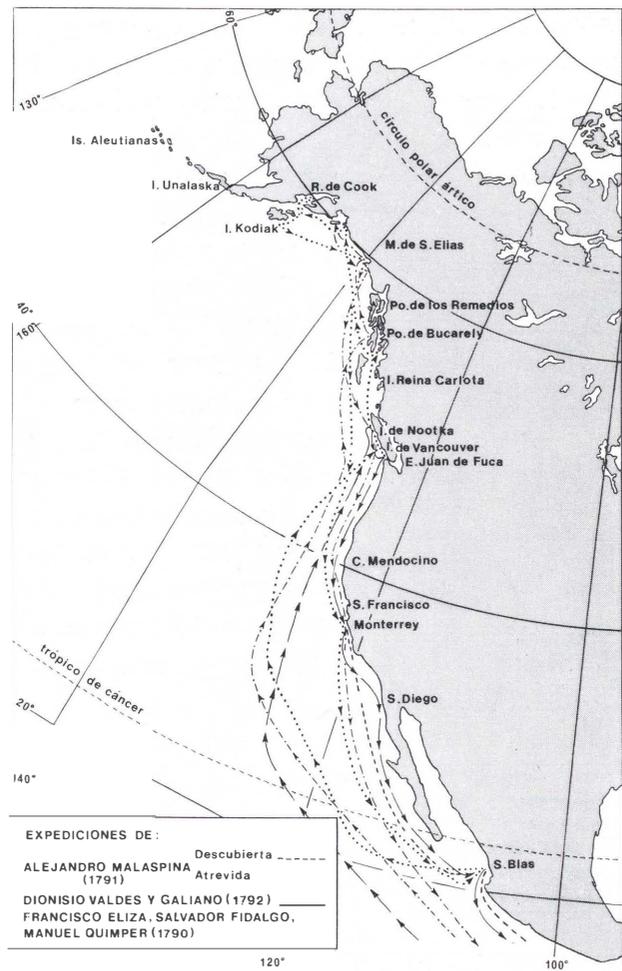


Figura 98. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

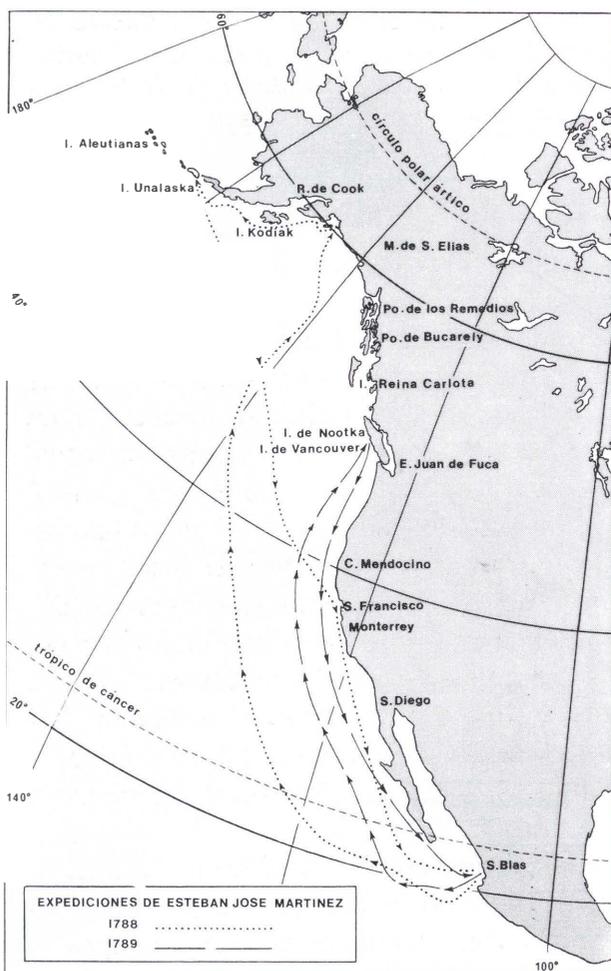


Figura 97. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

nes, tres mapas y varias cartas de distintos puertos, estrechos y radas. Algunas de estas producciones influyeron en la cartografía elaborada en Europa. Cerca de cuatro años después se efectuó otra salida. Aunque la intención era llegar hasta 70° , la latitud máxima que pudo alcanzarse fue 61° . Nuevamente se produjeron mapas de considerable interés. Del conjunto de los que se debieron a una y otra de estas expediciones sobresale la “Carta reducida de las costas, constituida bajo las observaciones y demarcaciones hechas por D. Juan Francisco de la Bodega y Cuadra y por el piloto D. Francisco Antonio Maurelle . . . Año de 1775”. En ella, y en otro conjunto de demarcaciones de varias bahías y puertos, se delinean los accidentes principales, desde un poco abajo de 37° hasta algo más de 57° . Además de esta carta, preparó Bodega —auxiliado por otros— un mapa más detallado y respecto del cual se conserva la relación escrita por Maurelle en que explica cómo se elaboró, es decir con qué apoyos de la cartografía ya existente y,

sobre todo de las nuevas observaciones. A estos mapas deben sumarse los de Bruno de Hezeta, que en varios aspectos enriquecen lo aportado por Bodega.

Por otra parte, volviendo la atención a las Californias, importa recordar aquí que correspondió a Juan Manuel de Ayala —en el contexto de la expedición de 1775— entrar al puerto de San Francisco. Lo alcanzado por Ayala fue plasmado en un primer mapa debido al piloto José Cañizares. De esta carta se siguieron otras que muestran ya la misión y el presidio establecidos en 1776 en San Francisco. Tanto el ingeniero Costanzó como Manuel Agustín Mascaró, trabajando sobre los derroteros y cartas derivadas de esas expediciones, prepararon otros mapas que contribuyeron a difundir lo hasta entonces descubierto.

Precisamente por entonces entró en escena el conocido marino inglés James Cook. Éste había realizado desde 1768 varias exploraciones de gran trascendencia en el Pacífico meridional. Entre otras cosas, después de dar vuelta al cabo de Buena Esperanza, había explorado los litorales de Nueva Zelandia y parte de los de Australia, así como, en un segundo viaje, había llegado hasta 71° de latitud sur en el Antártico. Su fama como explorador hizo que en 1776 se le encomendara volver a salir de Plymouth, para que desde Tahití en Oceanía, se dirigiera a encontrar el continente americano cerca de los 45° de latitud norte.³

La meta era avanzar desde allí costeano hacia el norte para certificarse de si existía o no una entrada desde el Pacífico al tantas veces buscado estrecho que comunicara con el Atlántico. Cook, en este su tercero y último viaje, dejó sentir la presencia inglesa a lo largo de los litorales del noroeste de América, desde mayo de 1778, es decir algún tiempo después de las expediciones de Pérez, Bodega, Maurelle y Hezeta. Como lo señala Wagner, es un hecho que Cook antes de salir de Plymouth en 1776, obtuvo alguna infor-

³ Sobre los viajes llevados a cabo por Cook existe el testimonio clásico: *A Voyage to the Pacific Ocean, Undertaken by the Command of His Majesty for Making Discoveries in the West Side of North America: its Distance from Asia and the Practicability of a Northern Passage to Europe, performed under the Direction of Captains Cook, Clerke, and Gore in His Majesty Ships the Resolution and Discovery in the Years 1776-80*, 3 v., London, 1784.

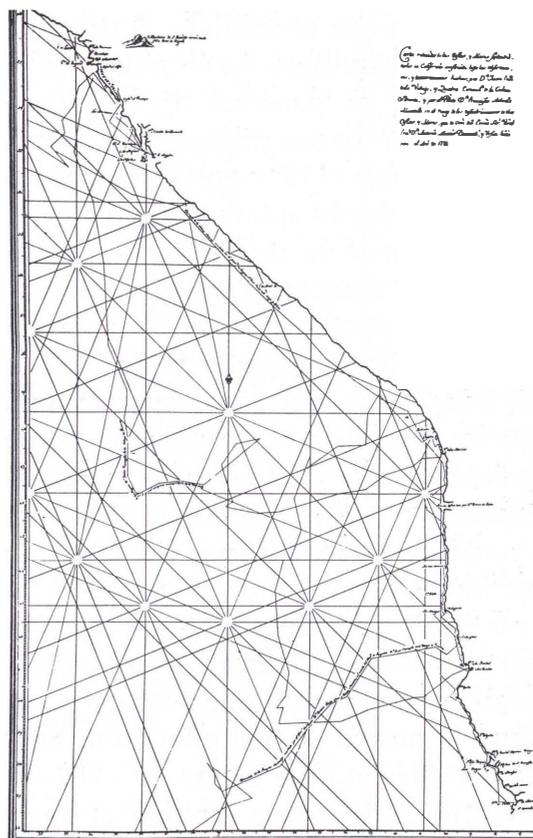


Figura 99. Perfiles geográficos reconocidos hasta 1775, según la “Carta reducida” o general, dispuesta por Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, comandante de la goleta Sonora y el piloto, Francisco Antonio Maurelle. La carta abarca desde 36° hasta 58°. (Archivo General de Indias.)

mación de lo alcanzado por españoles y mexicanos.

Desde Tahití pasó Cook a las islas Hawaii y de allí llegó a costas americanas cerca de 44° 30'. Navegando próximo a la costa, al no encontrar la entrada al supuesto estrecho, prosiguió hasta el litoral de Alaska y entró luego al estrecho de Behring. Exploró las costas que marcan los extremos de Asia y América y subió en el Ártico hasta cerca de 70°. Si Cook perdió más tarde la vida en un enfrentamiento con nativos de Hawaii, uno de los que iban con él, George Vancouver, había de beneficiarse con esa gran experiencia cuando, de 1792 a 1794, volvió al noroeste de América.

Aunque por algún tiempo los ingleses mantuvieron oculto lo descubierto por Cook en su tercer viaje, temiendo tal vez que aprovechara a los españoles, al fin sobre la base del diario del gran explorador y con lo aportado por algunos de los que habían viajado con él,

como Vancouver, se prepararon y publicaron varias cartas en que se señalaba el derrotero seguido y se delineaban los litorales del extremo noroeste de América. Es de interés notar que hubo mapas ingleses como el de Daines Barrington (1781) en el que, más que tomarse en cuenta lo aportado por Cook, se siguió presentando lo derivado de los relatos y cartas de españoles como Maurelle.

En México, donde algún tiempo después se tuvo noticia de esa expedición de Cook, se decidió entonces redoblar los esfuerzos para ampliar las exploraciones y asegurar los derechos españoles en esas tierras nortenas cuyos litorales ya en parte se conocían. Con plena conciencia, sin embargo, de que aún a lo largo de las costas californianas había lugares no bien reconocidos ni demarcados, se dispuso la salida de Esteban José Martínez con rumbo a la altura en que acababa de establecerse la misión de Santa Bárbara. Salió éste de San Blas el 6 de marzo de 1782. En su expedición, además de explorar el litoral al sur y al norte de la recién fundada misión, reconoció varias de las islas del llamado “canal de Santa Bárbara”. Se conservan delineaciones preparadas por el piloto Juan Pantoja de varias de esas islas, entre ellas las de Santa Catalina, Santa Cruz, San Clemente y asimismo de las Coronado. Como muestra de lo realizado por Pantoja, se ofrecen aquí reproducciones de una parte de su trabajo.

Mientras se seguía considerando cómo debían proseguirse las expediciones que, desde el puerto de San Blas, iban a despacharse al norte y, si convenía o no fundar algún establecimiento en esas latitudes, la presencia extranjera en ellas continuó en aumento. Sobre todo aparecieron, cada vez en mayor número, los traficantes de pieles. Los de procedencia rusa incursionaban avanzando en viajes cada vez más frecuentes. En algunos casos, realizaban también limitadas formas de exploración. Además fueron erigiendo puestos para el comercio de pieles, en el que participaban no sólo individuos sino también compañías inglesas que habían obtenido licencias de las autoridades británicas. Dos capitanes de prestigio, Charles Duncan y James Colnett, tomaron parte en una de esas empresas. Zarparon de Inglaterra en 1786 y llegaron al que cada vez sería más célebre puerto de Nutka en julio de 1787. De este viaje se divulgaron algunas noticias que se

incorporaron a cartas geográficas, como una de considerable interés debida a Aaron Arrowsmith, grabada en 1790. Se trata de un mapamundi en el que se registran los viajes de Cook y se alude asimismo a los recorridos de Colnett.

En tanto que más traficantes de pieles penetraban en la región, se recibió en Monterrey por ese tiempo la visita de J. F. Galaup de la Pérouse que, al mando de dos barcos, se proponía explorar los litorales del noroeste de América. Aunque La Pérouse se perdió en su viaje de retorno por las islas del mar del Sur, al menos una parte de los testimonios que puso por escrito, enviados a Francia antes de su naufragio, se salvaron del olvido.⁴ A ese acto de presencia francesa, vino a sumarse, como algo probablemente del todo imprevisible, la de dos navíos —procedentes de Boston— es decir de los recién independizados Estados Unidos y que, como si nada, entraron en Nutka en septiembre de 1787.

Las noticias acerca de todos estos hechos fueron reiterados acicates para que se enviara ya otra expedición desde el puerto de San Blas. En 1788 salieron Esteban José Martínez y Gonzalo López de Haro. En este viaje establecieron contacto con asentamientos rusos y avanzaron hasta algo más de 54°. Prueba fehaciente de la internalización de que era ya objeto el noroeste del Nuevo Mundo fue no sólo la presencia de gentes venidas de tan diversos rumbos, sino también algunas actitudes que afloraron entre ellas, como la de intercambiar mapas en más de una ocasión. Respecto de este viaje refiere Martínez que el ruso Potap Zaikof, que estaba al frente del establecimiento de Unalaska, le proporcionó tres mapas. Martínez por su parte le entregó una copia de su propio diario.

De nuevo, a principios de 1789, los mismos Martínez y López de Haro zarparon, esta vez con el propósito claro de tomar posesión de Nutka y fundar un establecimiento en ella. Al llegar a Nutka se encontraron con la presencia en sus inmediaciones de los dos navíos de ciudadanos de Estados Unidos a los que ya se hizo referencia. Asimismo se toparon con otras dos embarcaciones, que eran precisamente las que venían al mando del capitán inglés James Colnett.

⁴ Véase: J. F. Galaup de la Pérouse, *Voyage autour du monde*, 4 v., y atlas, París, 1798.

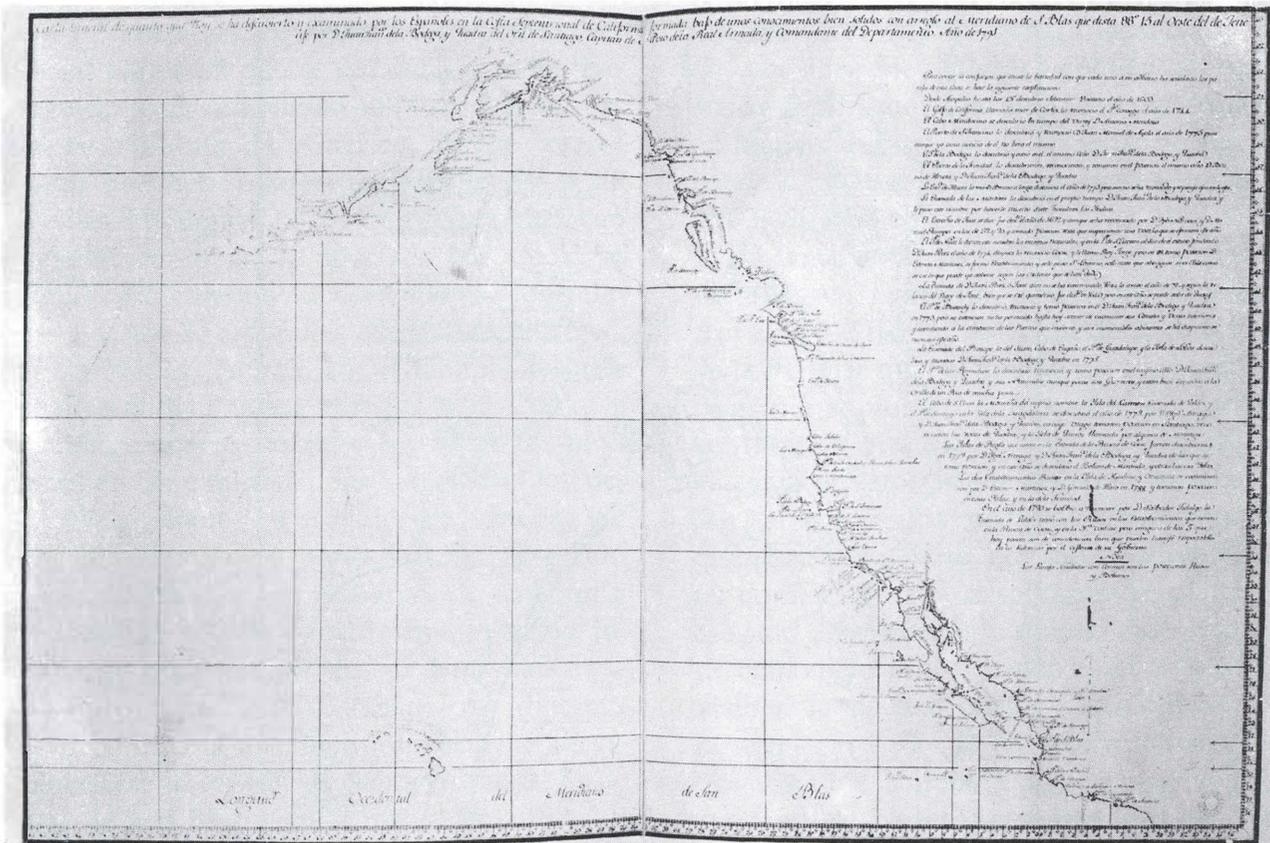


Figura 101. Tras quince años de organizar y realizar una larga serie de expediciones al noroeste, consecuencia de las cuales fueron importantes descubrimientos con demarcaciones y levantamientos de numerosas cartas, el capitán Juan Francisco de la Bodega y Cuadra da cuenta de lo logrado en esta “Carta General”, 1791. Como puede verse, marinos españoles y mexicanos habían reconocido los litorales noroccidentales hasta más allá de 61°, incluyendo las costas de Alaska, hasta Unalaska. Con sinceridad que lo honra, Bodega y Cuadra expresa que, en algunas de esas expediciones, y en la consecuente elaboración de mapas, se tomaron en cuenta algunas aportaciones de marinos y mercaderes rusos, así como de lo alcanzado en 1778 por el bien conocido capitán inglés James Cook que había explorado la costa noroeste de América desde 44° 31’ hasta cerca de 54° 30’, en que dobló al norte y entró al hoy llamado estrecho de Behring. Debe notarse que el mismo Cook admitió a su vez haber consultado mapas y diarios españoles, resultados de previas navegaciones, como la de Bodega y Cuadra de 1775. (Este mapa se conserva en el Museo Naval, Madrid.)

rra, el nuevo virrey, conde de Revillagigedo, que había traído consigo a un selecto grupo de marinos, dispuso otra expedición al noroeste, que debía reafirmar la soberanía española en Nutka. Una vez más Bodega y Cuadra tuvo importante papel en la empresa ya que entonces ocupaba el puesto de comandante del Departamento marítimo de San Blas.

Tres fueron los marinos que salieron en esta ocasión Francisco Eliza, Salvador Fidalgo y Manuel Quimper. Viajó asimismo, con un rango secundario Esteban José Martínez, el que había sido parte en el conflicto con los ingleses. El viaje se inició el 3 de febrero de 1790. Los expedicionarios desempeñaron misiones distintas. Fidalgo procedió hasta una latitud superior a 60°. A él se debe haber adjudicado nombres como el de Valdés al puerto que hasta hoy lo ostenta en 60° 55’.

Después de reconocer la costa y tener algunos contactos con los rusos, debido al mal tiempo, se vio forzado a dirigirse directamente al puerto de Monterrey.

Por su parte Eliza y Quimper llegaron a Nutka. Entre otras cosas tenían la misión de devolver una embarcación a Colnett. Dado que éste tardó mucho en regresar a ese lugar, se aprovechó el tiempo para explorar el llamado estrecho de Fuca. El diario de Quimper y un mapa del estrecho fueron base para ulteriores delineaciones cartográficas.

Francisco Eliza, de acuerdo con las instrucciones de Bodega, procedió a erigir allí un establecimiento y fuerte. Es de interés destacar que para ello se vio auxiliado por algunos de los voluntarios catalanes que, de California, pasaron a laborar en esas latitudes. El invierno de 1790-91 fue extremadamente duro para los que permanecieron en Nutka.

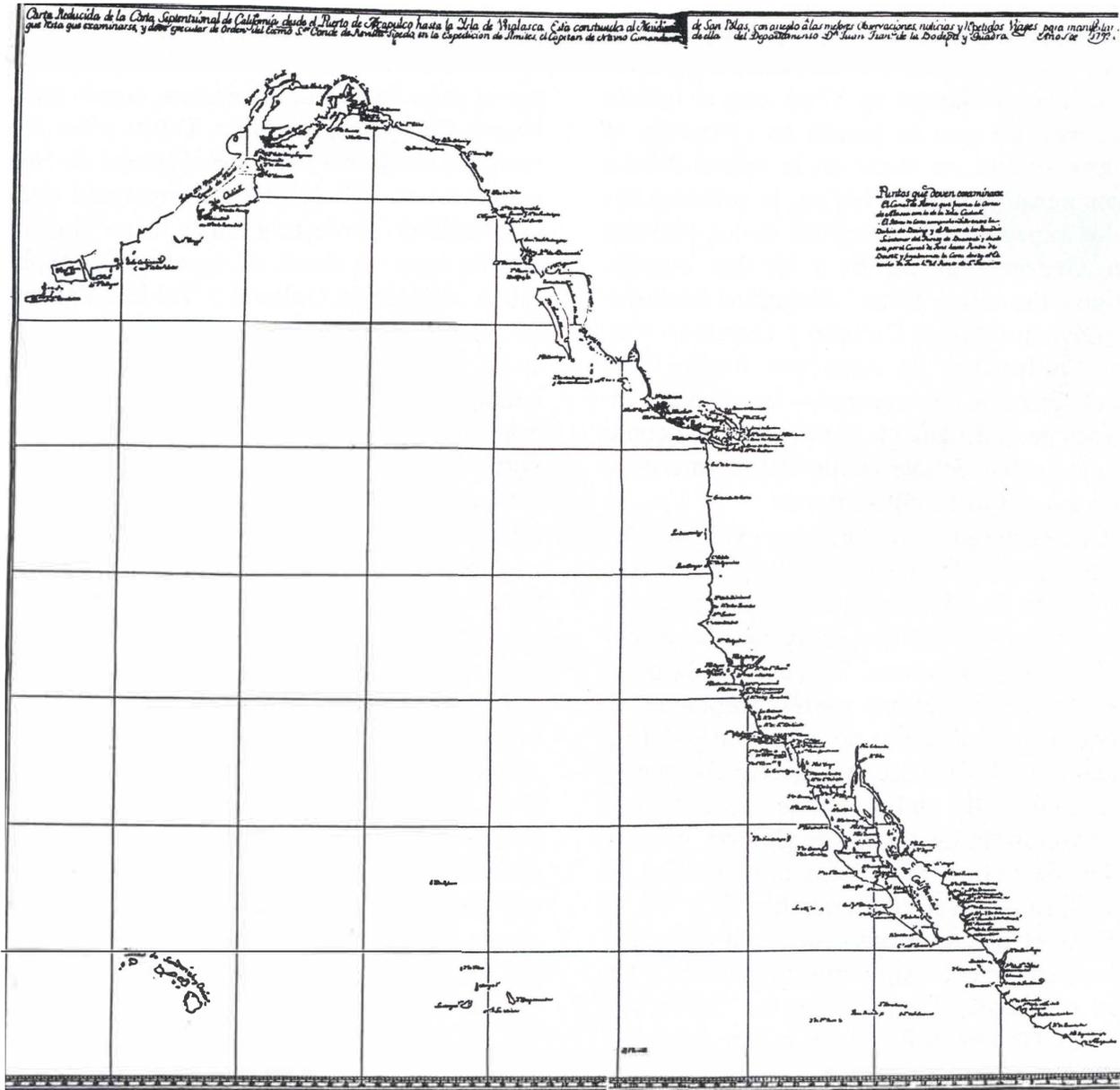


Figura 102. Carta reducida de la carta septentrional de California, desde el puerto de Acapulco hasta la isla de Unalaska . . . “para manifestar lo que resta que examinarse y debe ejecutar de orden del Excmo. Señor Conde de Revil'agigedo . . .”, suscrita por Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, 1792. En este mismo mapa se señala cuáles son esos “puntos que deben examinarse”: el canal de Flores, que forma la costa de Alaska con la isla Caç'iak [odiak]; el pedazo de costa entre la bahía de Behring y el puerto de los Remedios; lo interior del puerto de Bucareli y, desde éste por el canal de Font, hasta punta de Boiset y, finalmente, la costa desde el estrecho de Fuca hasta el puerto de San Francisco”. Las expediciones hispano-mexicanas, sin embargo, no iban ya a proseguirse. En cambio, el inglés Georges Vancouver realizaría exploraciones en esa zona del extremo noroeste en 1793-1794. Es interesante notar que, en algunos mapas, de años posteriores, la gran isla que hasta hoy lleva el nombre de Vancouver, aparece designada como “I. Quadra et Vancouver”. Tal es el caso del mapa de la América septentrional por J. B. Poirson, París, 1803, reeditado en 1816, y que también aquí se reproduce. (Esta carta de Bodega y Cuadra se conserva en la Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.)

Todavía en 1790, apareció en Nutka el capitán Colnett. Venía a bordo del *Argonaut* para que se le entregara la otra embarcación de que se le había privado. Ante la demora de Colnett, había salido en ella Fidalgo para realizar la expedición ya referida. Se dice

que Colnett, nuevamente enfurecido, pero no sin realizar un buen negocio con el comercio de pieles, salió para siempre de ese lugar con rumbo a Macao. A la postre los españoles le reintegraron su barco precisamente en las islas Hawaii.

Lo que después de todo esto ocurrió puede apreciarse en función de tres principales hechos: el acuerdo sobre el incidente de Nutka, celebrada en Madrid en 1790, con el fallido propósito de que su puesta en ejecución se hiciera *in situ*, es decir en la misma Nutka y, en paralelo con tal hecho, la prosecución de las expediciones, por parte de los ingleses con George Vancouver, y de los españoles con Francisco Eliza, Alejandro Malaspina, Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés. En función de estos tres hechos —o mejor series de acontecimientos— las nuevas realidades geopolíticas en el noroeste, así como un más cabal conocimiento del mismo estaban ya a punto de consumarse.

Ante el riesgo de una guerra, el embajador inglés Alleyne Fitzherbert obtuvo del ministro Conde de Floridablanca, la celebración de un tratado en el que básicamente se convenía en varios puntos. Respecto de la posesión de Nutka, ambas partes aceptaban se volviera a su situación tal como antes del incidente, es decir se dejara abierto ese puerto a navegantes de ambos países. Tocante a la incautación de los barcos de Colnett, estos le serían devueltos. Superadas divergencias, el tratado se firmó el 28 de octubre de 1790.

Para el efecto de proceder a la ejecución del acuerdo en el mismo puerto de Nutka, habían sido comisionados, por los ingleses el capitán George Vancouver y, por los españoles Bodega y Cuadra. Realidad significativa fue que, aunque ambos se reunieron en Nutka en julio de 1791, sin que llegaran a acuerdo alguno, uno y otro tuvieron papel de gran importancia en las exploraciones, Bodega por lo que ya antes había llevado a cabo y luego como comandante en San Blas; Vancouver por sus tres expediciones realizadas entre 1791 y 1794. En lo que se refiere a la convención de Nutka, si bien no pudo ejecutarse *in situ*, a la postre se firmó un nuevo tratado en Madrid, el 11 de enero de 1794, en términos bastante semejantes a los ya descritos.

A Vancouver correspondió, con sus dos navíos, el *Discovery* y el *Chatham*, además de su misión en torno al asunto de Nutka, la búsqueda, una vez más, del supuesto estrecho y asimismo de reconocer lo ya explorado por Cook y por los rusos y españoles pero intentando mayor precisión en las mediciones de latitudes y longitudes, así como en las demar-

caciones de bahías, puertos, islas, brazos de mar y otros accidentes.

En el primer viaje, entrando al Pacífico, por el cabo de Buena Esperanza, siguió hacia Nueva Zelandia y de allí a Tahití y las Hawaii. En abril de 1792 tocó el litoral de Norteamérica en $39^{\circ} 27'$. De allí prosiguió siempre hacia el noroeste y entró luego al estrecho de Juan de Fuca. Al igual que él exploraban allí Alcalá Galiano y Valdés. Vancouver entabló contacto con ellos gracias a que como, lo nota Wagner, consta que “Alcalá hablaba un poco de inglés”,⁶ sin preocuparse éste obviamente del hecho de que ninguno entre los ingleses conociera, al parecer, la lengua de Castilla. Después de intercambiar información, Vancouver prosiguió sus exploraciones en torno a la isla que hoy lleva su nombre. Enseguida se dirigió a Nutka donde se entrevistaron él y Bodega con los ya descritos fallidos resultados.

El hecho de que Vancouver coincidiera por lo menos en parte de su expedición con Alcalá y Valdés —que habían salido de San Blas a fines de 1791— confirma lo dicho acerca de las actividades que paralelamente realizaban españoles e ingleses en materia de exploración. De hecho el virrey había dispuesto poco antes otros dos importantes viajes, uno al cargo de Eliza en 1791. Muy poco después salió asimismo Alejandro Malaspina. Frutos de tales expediciones fue haber reconocido buena parte de los canales y estrechos en torno a la isla de Vancouver y haber llegado, en el caso de Malaspina, hasta casi 60° . Los diarios y mapas derivados de estas exploraciones contribuyeron grandemente a iluminar lo que hasta entonces se conocía de esos litorales.

En tanto que Vancouver, después de salir de Nutka, visitó Monterrey, Alcalá y Valdés proseguían en sus exploraciones. A bordo del *Discovery* Vancouver se dirigió a Hawaii mientras el *Chatham*, con la información documental, navegó con rumbo a Inglaterra.

Los otros dos viajes de exploración realizados por Vancouver (1793 y 1794) y también los de Galiano y Valdés (1792) a bordo de las célebres goletas *Sutil* y *Mexicana*, así como el de Eliza en compañía de Juan Martínez Zayas (1793), marcan ya el momento en que culminaron los esfuerzos de españoles

⁶ Wagner, *op. cit.*, t. I, p. 241.

e ingleses para conocer el perfil noroccidental del Nuevo Mundo. No siendo posible alargarnos en la descripción de estas expediciones, cabe decir que, gracias a ellas, se dispó para siempre el mito del estrecho de Anián, se reconoció lo que era realmente el estrecho de Juan de Fuca y se alcanzó a delinear con alto grado de precisión el litoral noroccidental hasta el extremo en que termina el Nuevo Mundo.

La documentación sobre estos últimos viajes es en extremo abundante. Atendiendo a diarios y mapas formados en función de las expediciones, mucho es lo que se ha investigado acerca de sus resultados. Frente a tal cúmulo de testimonios, cabe preguntarse cuál fue, en fin de cuentas, la aportación mayor en el recorrer el velo que ocultaba la imagen geográfica de esta vasta extensión del planeta. Si se miran las cosas con objetividad, por supuesto que deben reconocerse los grandes méritos de los ingleses, mejor equipados, como en el caso, sobre todo, de Cook y Vancouver. Pero a la vez la presencia y las aportaciones de esos dos grandes navegantes —cuya actuación se sitúa en unos cuantos

años y en la etapa final de esta historia— lejos está de disminuir la secuencia de esfuerzos desde los puertos mexicanos a lo largo de más de dos siglos y medio.

Si desde Rusia —por la vía de Siberia— se alcanzaron los logros de Behring y otros, es innegable que tales descubrimientos no fueron cabalmente situados y comprendidos sino gracias a los reconocimientos de ingleses y españoles. Estos últimos —con el apoyo de no pocos marinos y auxiliares mexicanos— realizaron un avance, agigantado en ciertos momentos y lento en otros. En ese largo proceso, que aquí se ha descrito, movidos sobre todo por el señuelo de las Californias, llegaron hasta muy al norte y, emparejándose luego con los que tardíamente irrumpieron —rusos e ingleses— fueron avanzando desde Acapulco o Matanchel . . . a San José del Cabo, y luego San Diego, Monterrey, San Francisco, Nutka y mucho más al norte. La cartografía y las crónicas que así se fueron produciendo —con la mirada siempre atenta en las Californias— es el meollo de esta historia.

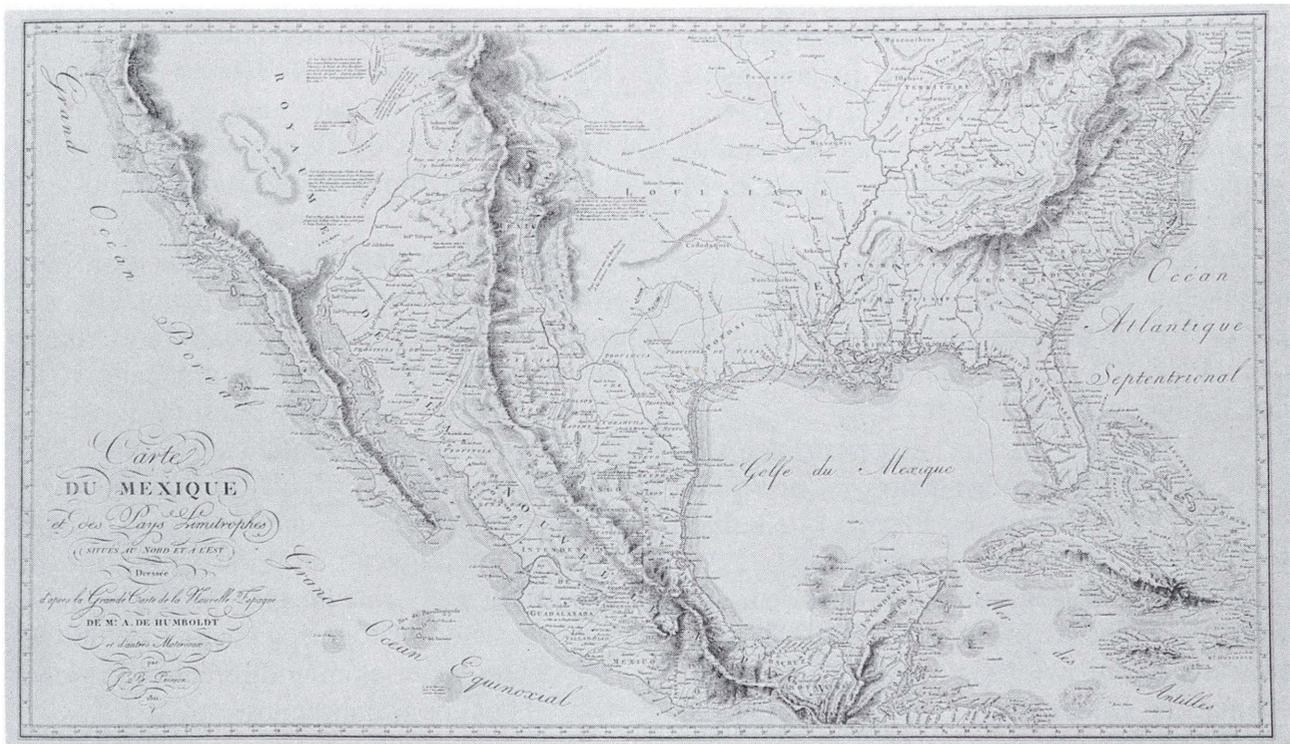


Figura 103. Carta de México y de países limítrofes situados al norte y al este, trazada con arreglo a la Gran Carta de la Nueva España de M. Alejandro de Humboldt y otros materiales, por J. B. Poirson, París, 1811. Este mapa que abarca desde 15° hasta 42°, es efectivamente copia de la carta dada a conocer por Humboldt en 1809, según puede verse comparando uno y otro. Lo aportado en este mapa se complementa con otro, debido al esfuerzo del mismo J. B. Poirson, en el que abarca todo el perfil de la América del Norte, incluyendo ya lo alcanzado en los descubrimientos hispano-mexicanos de 1774-1792, así como por los ingleses Cook y Vancouver.

Destino de las Californias y del gran noroeste del Nuevo Mundo

Vancouver que, según vimos, por lo menos en dos de sus viajes desembarcó en San Francisco, Monterrey y San Diego, se sorprendió en extremo al percatarse de que los españoles que, tanto empeño ponían en avanzar hacia el norte, tuvieran tan desprotegidos sus establecimientos en la Alta California. Y cual si expresara un profecía, escribió:

En caso de que la ambición llegue a tentar a una nación civilizada, en el sentido de apoderarse de estos puestos indefensos, no podrían ellos ofrecer la menor resistencia e inevitablemente caerán ante cualquier fuerza suficientemente provista para apoderarse del país y protegerlo. Ello es sobre todo verdad en la parte que yo he comprendido bajo la denominación de Nueva Albión, cuyos extremos límites meridionales se encuentran debajo de los 30° de latitud norte.⁷

Con palabras tan breves iluminó Vancouver la realidad prevalente en las Californias a fines del siglo XVIII y anticipó asimismo los riesgos que, en unas cuantas décadas más, se cernirían sobre esos vastos territorios. En el contexto histórico de las relaciones internacionales y de los recursos económicos y militares de las potencias europeas, resultaba evidente que España, no obstante que aún había estado organizando, uno tras otro, esos viajes de exploración en el noroeste del Nuevo Mundo, se encontraba ya en situación de franca decadencia.

Entre los cambios más importantes que se estaban produciendo sobresalían, por una parte, la reciente consumación de la independencia (1783) de un nuevo país, los Estados Unidos del que, como vimos, pronto entraron ya dos barcos en el escenario del noroeste y, por otra, la gestación de una serie de trastornos y guerras en Europa que culminarían con un reajuste internacional. Tales inquietudes y enfrentamientos —los de la Revolución Francesa primero y los de las guerras napoleónicas enseguida— propiciarían además la emancipación de las posesiones españolas de Ultramar. Todo esto iba a influir radicalmente en las que se han venido describiendo como realidades geopolíticas de esta vasta región del Nuevo Mundo.

⁷ George Vancouver, *A Voyage to the North Pacific Ocean and Round the World . . .*, London, 1798, t. II, p. 503.

Aparte del proceso que culminó con el nacimiento de un gran conjunto de países en el continente americano, la zona en la que mayores cambios se produjeron, tanto de adscripción política como de poblamiento y desarrollo, se sitúa precisamente en el contexto geográfico objeto de nuestra atención. Las potencias cuya acción iba a dejarse sentir allí con más fuerza —Inglaterra y Estados Unidos— se percataron muy pronto de la privilegiada situación y abundancia de recursos de esos territorios con salida al Pacífico.

Cual si se hicieran eco de lo que había reiterado Hernán Cortés en sus comunicaciones a Carlos V, las potencias que ahora pretendían adueñarse de las Californias y de las tierras contiguas a ellas por el norte, estaban persuadidas de que, además de ser valiosas en sí mismas, ofrecían posibilidades ilimitadas de intercambios con el continente más poblado del mundo, es decir el Asia. Cortés había llegado a decir a Carlos V que, incorporándose las Californias a sus dominios, se abría el camino para que en verdad llegara a ser emperador del mundo. Y a no dudar el eco de tales palabras se reforzó luego con las noticias de los “reinos de las Siete Ciudades”, cercanas al río que desembocaba en el gran brazo de mar, y asimismo con lo aportado por las expediciones de Rodríguez Cabrillo y Vizcaíno y por los capitanes de tantos galeones procedentes de Filipinas que coincidían hablando de litorales que parecían no tener límites.

Las Californias, país del que por tanto tiempo se dudó si era isla o península, y en cuyas inmediaciones se suponía la existencia de un gran estrecho que comunicaba al Pacífico con el Atlántico, perduró siendo señuelo que a muchos siguió cautivando. Y asimismo hay que recordar la fama de sus perlas y de otros tesoros —como el oro— que según se decía, abundaban allí. Las Californias tenían todo eso y mucho más, según lo siguieron pensando visionarios como José de Gálvez o, con criterios muy diferentes, los jesuitas y luego los franciscanos.

Todavía en algunos mapas de la primera mitad del siglo XVIII, en los que se representa la tierra, pero vista desde la perspectiva del círculo polar ártico, las regiones que constituyen el extremo norte del Nuevo Mundo ostentan el nombre de “California”. Sin solución de continuidad, perduró así la que casi

tinental”, porque reconoció a los Estados Unidos la posesión de los territorios al norte del paralelo 42°, y entre los estudiosos de habla castellana, como “Tratado de Onís”. Suscrito el 23 de febrero de 1819, venía a anticipar en poco más de dos años la que sería pérdida total para España, de sus posesiones mexicanas, consideradas como las más ricas del Nuevo Mundo.

Además los Estados Unidos, un año antes, en 1818, habían forzado a Inglaterra a aceptar uno de esos compromisos inciertos tan del agrado de esa potencia pero que, esta vez, a diferencia de lo que ocurrió con la Convención de Nutka, a la postre le sería adverso. El mismo Adams obtuvo se fijara la frontera entre su país y las posesiones inglesas al norte, en el ámbito cercano a las montañas Rocallosas, en el paralelo 49°. A partir de la vertiente del Pacífico de esas montañas, el territorio y sus litorales quedaban abiertos a posibles formas de explotación bien fuera por ingleses o por estadounidenses.

Lo alcanzado, asegurando ya la presencia de los Estados Unidos en “Nueva Albión”, no satisfacía las ambiciones de ese país. La coyuntura para la gran expansión se presentó al tiempo de las elecciones presidenciales de 1844. Quien triunfó en ellas, James Polk, candidato demócrata, puso el mayor énfasis en dos puntos: la anexión definitiva de Texas, que se había independizado de México, y la ocupación plena del territorio de Oregón, cuyos litorales se suponía que llegaban hasta el paralelo 54° 40', es decir hasta donde las posesiones inglesas colindaban con los establecimientos rusos. Respecto de éstos, la Gran Bretaña había suscrito efectivamente un tratado con Rusia el 28 de febrero de 1825 en el que aceptó tales límites.

Una vez electo, Polk se concentró en el cumplimiento de lo que había proclamado en su campaña. Respecto del asunto de Texas concibió entonces no limitarse a él sino relacionarlo con el ya antiguo propósito de los Estados Unidos de extenderse hacia el Pacífico hasta incluir en su territorio a las Californias. En lo tocante al Oregón, tras un estira y afloja con Inglaterra y, sin que en este caso alguno de los litigantes deseara la guerra, Estados Unidos obtuvo se le reconociera la plena soberanía de la mayor parte del territorio que codiciaba. Así en 1846 suscribió un tratado con Inglaterra en el cual los lími-

tes occidentales con Canadá se fijaron en 49°, dejando a los ingleses la soberanía de la isla de Vancouver.

En cambio, muy diferente fue lo que ocurrió en el espinoso asunto de Texas que, tras proclamarse independiente en 1836, buscaba su anexión a los Estados Unidos. México había declarado, por su parte, que esa anexión no era sino apoderamiento de una vasta provincia suya, una parte de cuyos habitantes —los de origen anglosajón— se hallaban en rebeldía. Desentendiéndose de la actitud de México, Polk obtuvo del Congreso de Estados Unidos en 1845 la formal anexión de Texas como un nuevo miembro en la Unión. Los hechos que siguieron son bien conocidos. Tropas norteamericanas cruzaron el río Nueces que se consideró siempre como límite meridional de Texas y tuvieron un enfrentamiento con un cuerpo de ejército mexicano. El presidente Polk, al anunciar que por un acto de México, sangre estadounidense había sido derramada en territorio de Estados Unidos, encontró la deseada ocasión para declarar la guerra.

Al procederse de inmediato a la invasión de los territorios norteños de México pudo verse enseguida cuáles eran los propósitos de la guerra. Los norteamericanos en cuanto se apoderaron de las capitales y principales pueblos de Nuevo México y las Californias, hicieron saber a la población de esos lugares que, a partir de ese momento, esas provincias eran ya parte de los Estados Unidos. El “destino manifiesto” se tradujo así en una guerra de conquista. Desde mucho antes —desde los años inmediatos a la consumación de la independencia de México— los Estados Unidos le habían hecho una variedad de ofertas para adquirir al menos una parte de lo que entonces se entendía por Nuevo México y la Alta California. Y, cosa que parece increíble, ante la insistencia de México, inicialmente aceptaron ratificar en 1832 el antiguo Tratado de Onís o “Transcontinental” que habían celebrado con España en 1819.

Con la victoria alcanzada en la guerra con México, se exigió entonces, además del reconocimiento de la anexión de Texas, la cesión de Nuevo México y las Californias. Tan sólo la pertinaz defensa de los comisionados mexicanos —Luis Gonzaga Cuevas y Bernardo Couto— impidió la pérdida de la California peninsular. Los nuevos límites, en lo que se

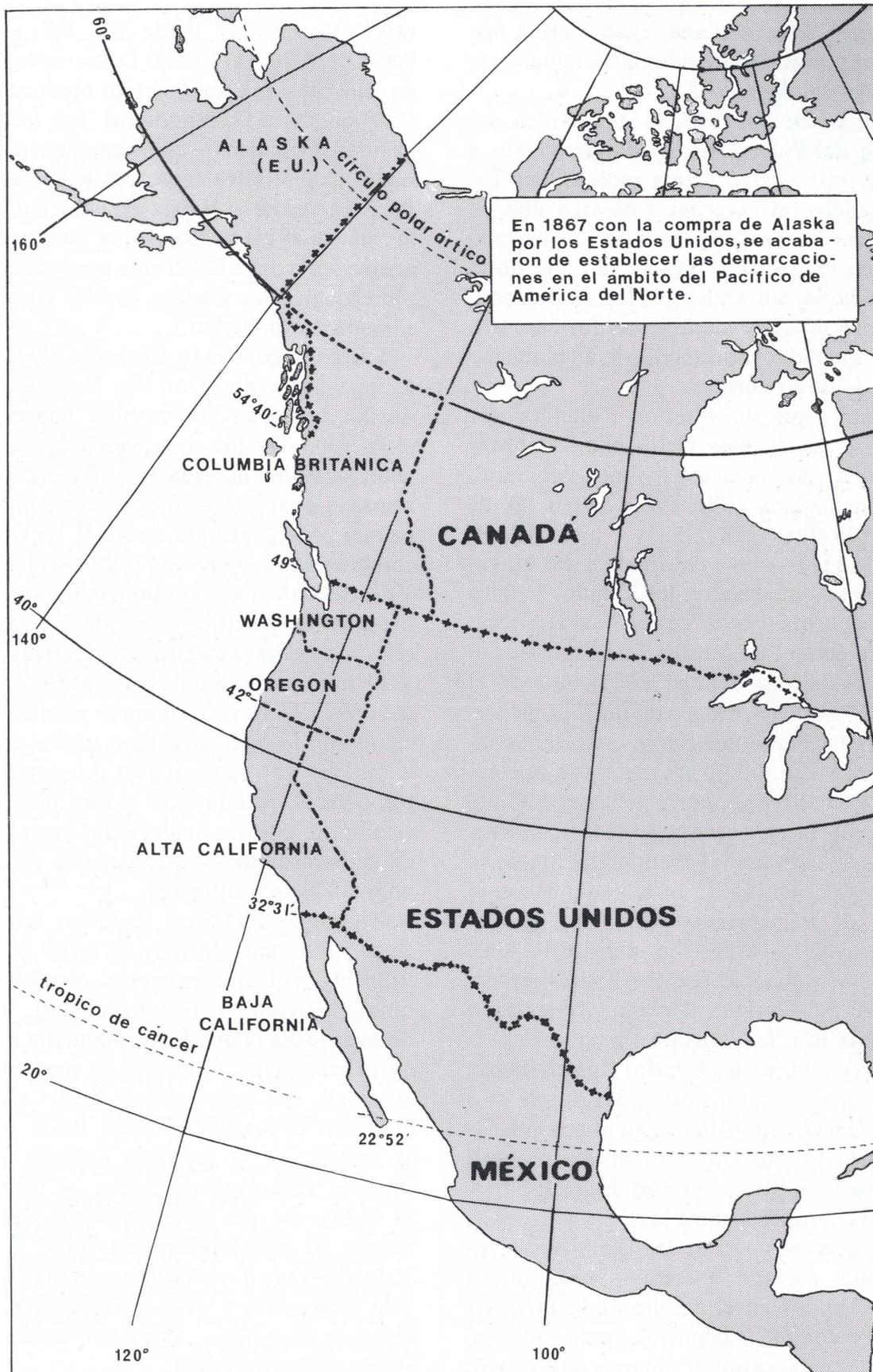


Figura 105. América del Norte. Se destacan las realidades geopolíticas del Pacífico norte: Alaska, con las islas Aleutianas pertenece a los Estados Unidos desde 1867. Los litorales de Alaska, en una angosta franja territorial descienden hasta $54^{\circ} 40'$, es decir hasta donde se habían extendido las posesiones rusas. A Canadá corresponden tan sólo poco más de seis grados, desde $54^{\circ} 40'$ hasta 49° que es donde se inicia la frontera con los Estados Unidos. Éstos abarcan a su vez una larga línea de costas, desde 49° hasta $32^{\circ} 31'$, frontera entre las dos Californias. México salvó, en lo que toca a California desde $32^{\circ} 31'$ hasta el extremo sur de la península en $22^{\circ} 52'$. En resumen, Estados Unidos (con Alaska) abarca más de 43 grados de litorales; Canadá tan sólo algo más de 6, y México cerca de 10.

refiere a los litorales californianos, se fijaron en un lugar situado a una legua marina respecto del punto más meridional del puerto de San Diego, es decir en $32^{\circ} 31'$.

Así, a partir de 1848, la geopolítica del noroeste del Nuevo Mundo había vuelto a cambiar, esta vez en forma radical. Los Estados Unidos, al cercenar a México más de 2 millones de km^2 , tuvieron ya un extenso litoral en el Pacífico, desde $32^{\circ} 31'$ hasta 49° . Todavía, sin embargo, los norteamericanos iban a actuar de diversas formas para ampliar mucho más su territorio en el mismo ámbito del gran noroeste.

En tanto que sus ulteriores intentos por adueñarse de la Baja California, Sonora y otras entidades mexicanas —por “compra” o por incursiones filibusteras como las de William Walker (1853-1854) o de Henry Crabb (1857)— no tuvieron el éxito buscado, al menos alcanzaron los Estados Unidos en el caso de México la “cesión” del territorio conocido como “La Mesilla”, al norte de Sonora, que dejó ya bajo su soberanía todo el curso del río Gila hasta su confluencia con el Colorado. Pero mucho más importante adquisición, sobre todo a la larga, fue la compra a Rusia en 1867, por 7 millones 200 mil dólares, de la enorme península de Alaska. Tal adquisición, complementada por la de la larga faja del litoral al sur, colindante con el interior de la provincia canadiense de Columbia Británica, acercó en realidad la Alaska ya estadounidense con los límites septentrionales del antiguo Oregón. Dejando a Canadá la isla de Vancouver y unas reducidas costas al norte, los Estados Unidos fueron dueños de un litoral amplísimo, desde casi 70° en Demarcation Point, en el océano Ártico, hasta $54^{\circ} 40'$, el límite al que en 1844 se refería James Polk, y luego desde 49° hasta $32^{\circ} 31'$, frontera entre las dos Californias.

Ante la enormidad de los litorales y territorios que pasaron a formar parte de los Estados Unidos en el ámbito de lo que, por siglos, se designó vagamente como “las Californias”, cabe expresar algunas reflexiones. Una es que, de haber logrado el presidente Polk la realización plena de sus ambiciones —llevar la frontera de Oregón hasta $54^{\circ} 40'$, es decir hasta los límites con los establecimientos más meridionales de los rusos y adueñarse no sólo de la Alta sino también de la Baja California— los Estados Unidos

habrían sido dueños de territorios con litorales extensísimos, desde $22^{\circ} 52'$, en cabo San Lucas, hasta 70° en Demarcation Point en Alaska, o sea que habrían abarcado en el Pacífico ¡cerca de 50 grados! Tan sólo la sagacidad británica —que conservó para Canadá una relativamente reducida salida al Pacífico frente a la isla de Vancouver— y la tenacidad mexicana —que no permitió la enajenación de la California peninsular— impidieron que los Estados Unidos vieran consumada su ambición.

Sin embargo, con lo mucho que alcanzaron a apropiarse, pudieron los Estados Unidos iniciar su expansión, en plan imperial, por el Pacífico. De ello son muestra las islas Hawaii, las Filipinas, Guam, las Carolinas y Marianas. Convertidos en potencia mundial de primer orden, parecía como si se estuviera cumpliendo lo expresado por Cortés a Carlos V, aquello de que, posesionándose de las Californias y el Pacífico o mar del Sur, se abría el camino para un imperio universal.

El nombre de California, desde la fiebre del oro en 1849 y de entonces para acá, acrecentó aún más su ya antiguo poder de atracción. Hoy por todas partes del mundo existen tiendas, restaurantes y una multitud de establecimientos —además de buen número de embarcaciones— que ostentan el apelativo mágico de California.

Ahora bien, México, donde se inició esta larga y fascinante historia en torno de las Californias y el gran noroeste, con sus mitos, quimeras, viajes y descubrimientos, a pesar de cuanto ha ocurrido, se mantiene presente en el escenario original de su gran península. En la que hoy se llama Baja California, estuvo el primordial señuelo. Baste recordar la leyenda de la gran isla poblada toda de mujeres, rica en oro y perlas . . . En torno a la California que ha sido y siempre será mexicana, se emprendió mucho de lo que aquí se ha recogido a través de testimonios de una rica cartografía y extraordinarios relatos en crónicas, derroteros, diarios, informes y toda suerte de manuscritos.

Lección de esfuerzos admirables y también de sufrimientos con muchas pérdidas de vidas, desaparición de grupos indígenas, y asimismo de complejas ambiciones e intrigas internacionales, es ésta de las Californias. Hasta fines del siglo XVIII comenzaron a ser mejor conocidas y hasta entonces se supo



cómo era realmente el perfil noroccidental del Nuevo Mundo. Hoy en las Californias y en las tierras al norte de ellas, ondean tres banderas distintas. En cierto modo volvió a existir la “Nueva Albión” de Francis Drake, pero también perduró —en la que se ha llamado “geografía de la esperanza”— la presencia mexicana entrevista desde Cortés hasta Clavijero.

En la península, tantas veces delineada y de modos en ocasiones disparatados, hoy además fotografiada desde los satélites, hay recursos, hasta ahora casi no explotados, de potencialidades apenas imaginadas. Allí están las que el historiador que se ocupó de ella, Francisco Xavier Clavijero, llamó “grandes minas marítimas”, refiriéndose a su riqueza pesquera a lo largo de más de 3,000 km. de costas. En varios lugares de las mismas exis-

ten salinas, como las de Guerrero Negro, las mayores del mundo. También su subsuelo esconde una gran variedad de minerales y reservas de hidrocarburos. Varios valles tiene —algunos planicies muy extensas— donde florece la agricultura, como, en los de Mexicali, Santo Domingo, Sebastián Vizcaíno y otros. Rodeada de agua, la California mexicana, algún día tal vez ya cercano, podrá servirse de ella para transformar su seca superficie. En su historia —recordada aquí también en las plásticas imágenes de casi increíble cartografía— la California mexicana finca sus raíces. En su presente, con el asentamiento en ella de millones de mexicanos, comunicados ya de varias formas con el resto del país y decididos a beneficiarse de sus recursos, está la promesa cierta de un futuro pleno de esperanzas.

